

PAVÍA: LA BATALLA EN LA QUE LOS ARCABUCEROS ESPAÑOLES MASACRARON A LA CABALLERÍA MÁS LETAL DE EUROPA.

El 24 de febrero de 1525 la gloriosa caballería gala (formada por los letales gendarmes) se tuvo que tragar entre croissants y baguettes toda su «flor» y su «nata» cuando (en plena batalla de Pavía) arremetió de forma fallida contra las tropas imperiales de Carlos V. Hasta entonces, la leyenda decía que la carga de esos jinetes era imparable. Pero aquella jornada hubo un yunque que les detuvo en seco: los arcabuceros (principalmente españoles) que, una y otra vez, descargaron sobre ellos varias lluvias de proyectiles. La humillación fue completa para «la France». Ya no solo porque la élite de su ejército fue arrasada, sino porque su rey (el mismísimo Francisco I) fue apresado y llevado después a Madrid.

Esas sucesivas descargas de arcabucería fueron determinantes para la Historia, pues demostraron a Europa (y especialmente a las tropas francesas) que la era de la caballería pesada había llegado a su fin. Hicieron palpable que los tiempos del «carro de combate» acorazado (los jinetes hasta las cejas de armadura) habían terminado y que, a partir de entonces, la pólvora y la infantería tomarían el relevo. Aquellos primigenios Tercios españoles dieron, en definitiva, una lección completa a los pomposos gendarmes y a su no menos altivo rey, quien recibió el castigo de caer preso por creer imposible que unos «infantes desharrapados» pudieran detener a sus jinetes. Aunque, en su favor, habría que decir que hizo besar el barro a varios soldados del ejército imperial antes de ser reducido.

EL PROBLEMA DE PAVÍA

Pavía, se podría decir, fue consecuencia del odio y la envidia que destilaba el infame rey galo Francisco I, a quién le había dolido tanto como un disparo de ballesta en pleno ombligo que Carlos fuese coronado emperador del Sacro Imperio cuando era poco más que un adolescente. Por ese revanchismo francés (y por otras tantas causas como las ansias de conquista) se ató las botas de montar y se dispuso a tocar las «naricés» tanto como pudiera. De esta guisa atravesó los Alpes en 1524. Y de esta guisa llegó también hasta el Milanésado (hoy Milán y sus territorios limítrofes) con un considerable ejército.

Aunque no fue todo lo mayúscula que hubiera querido, la sorpresa sí fue considerable para las tropas imperiales, que mascullaron un leve «au revoir» antes de

abandonar la zona y retirarse a Lodi dejando -eso sí- un retén de hombres en la ciudad de Pavía (al sur de la región).

«El rey francés se puso a la cabeza de un poderoso ejército de 36.000 hombres e inició el asedio de la ciudad fortificada de Pavía, con una guarnición mínima de españoles y alemanes al mando de Antonio de Leyva». En principio, el galo trató de tomar la zona al asalto, pero le fue imposible gracias a la «pegajosa defensa de este navarro veterano de las campañas del Gran Capitán». La resistencia debió hinchar el pecho de Carlos V, que no tardó en formar un contingente para socorrer la plaza y expulsar de allí al galo invasor. Su Majestad Imperial, concretamente, constituyó un ejército de 4.000 españoles, 10.000 alemanes, 3.000 italianos, 2.000 jinetes y 16 piezas de artillería. Y así, bajo el pendón de la Cruz de Borgoña y el águila bicéfala, partió al encuentro de «sa majesté» gabacha.

El galo, por su parte, reforzó la posición cuando escuchó lo que se le venía encima, pero ni se le pasó por la mollera que su gigantesca «armée» pudiese ser derrotada por los imperiales. Al fin y al cabo, bajo sus órdenes tenía a los temidos gendarmes. La caballería acorazada más letal de la época. Unos jinetes que eran en su mayoría «gentileshombres» y que portaban «armadura completa, lanza, daga y cuyos caballos estaban cubiertos por un peto».

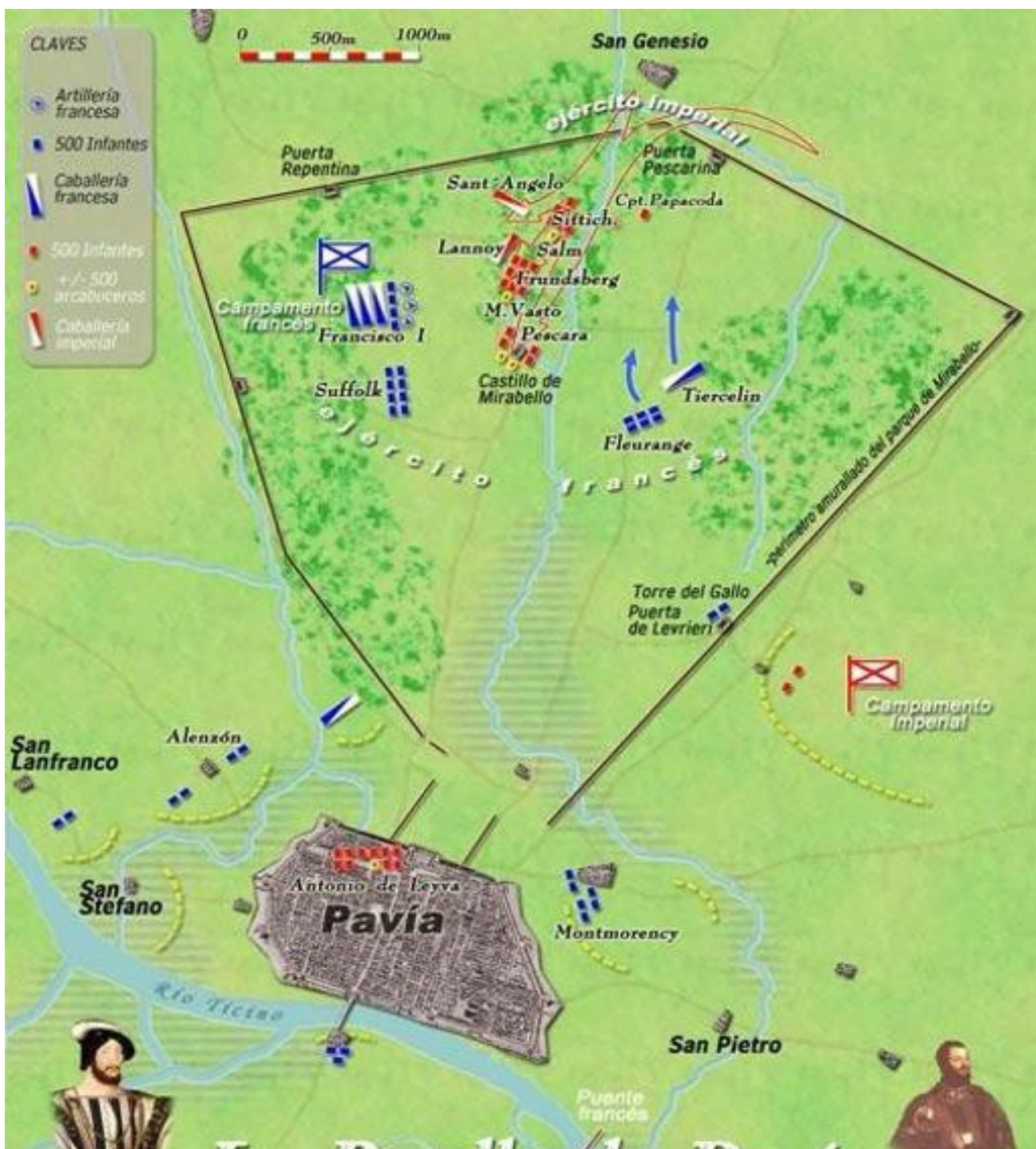
COMIENZA LA BATALLA

Cuando llegó el contingente imperial al mando del marqués de Pescara, de Carlos de Lannoy y de George von Frundsberg, Francisco I se negó a retirarse y se encontró repentinamente entre dos ejércitos: el de la ciudad de Pavía y el enviado por Carlos I –este último en su retaguardia-.

Con todo, tenía la ventaja de contar con un ejército más que numeroso y de sumar en sus filas con miles de jinetes acorazados. En base a ello, dispuso dos líneas defensivas fortificadas alrededor de su campamento y se armó de paciencia, pues andaba sobrado de provisiones. Y no le fue mal en principio al monarca, pues los ataques de los imperiales se estrellaron en varias ocasiones contra sus aguerridos combatientes. Su arrogancia actuó, así, por segunda vez en su contra. Pues ni le rondó la mollera que alguien pudiese derrotarle.

Más le hubiera valido hacer el petate y regresar a su país, pues los hombres de Carlos V no tardaron en barruntar una curiosa treta para pillar por sorpresa a sus defensas. El plan fue tan sencillo como esperar a la noche, derruir uno de las

barricadas de Francisco I, y atacar las posiciones donde los franceses tenían sus pertrechos y vituallas. Su cuartel general, vaya. «En la madrugada del 24 de febrero de 1525, los zapadores del ejército del Condestable de Borbón, antiguo vasallo del rey Francisco que ahora comandaba las fuerzas imperiales, abrieron una brecha en la muralla del bucólico parque de Mirabello, a los pies de la ciudad de Pavía. Los bosquecillos dispersos y los anchos prados festoneados por torreones, habitualmente utilizados como territorio de caza por la nobleza local, serían escenario de una de las batallas más trascendentales de las Guerras de Italia y de toda la Edad Moderna», explica David Nievas Muñoz.



Para ser más concretos, fue aproximadamente a las tres de la mañana del 24 de febrero cuando la avanzadilla imperial llevó a cabo su encamisada (una táctica que consistía en atacar al enemigo en plena noche portando una camisa blanca, para distinguirse de ellos en el fragor de la contienda). En esa hora mágica comenzó la ofensiva final de los hombres de Carlos V.

El contingente que atravesó el muro con el cuchillo en la boca estaba formado por tres grupos. El primero (que se situó en el flanco izquierdo) sumaba 2.000 infantes, 2.000 arcabuceros y 2.000 jinetes ligeros. El segundo, al mando del marqués Del Vasto, disponía de 3.000 hombres [arcabuceros] y de dos piezas de artillería. «Tras ellos iban 14.000 soldados e infantería española y, en retaguardia, 2.000 infantes italianos», señala Juan Carlos Losada en «Batallas decisivas de la historia de España». Estas fuerzas eran completadas por la caballería, que flanqueaba a este contingente.

Antes del amanecer, el flanco derecho se vio detenido por un ataque galo. Otro tanto pasó con el izquierdo. Por su parte, Del Vasto cumplió su objetivo y logró llegar con los arcabuceros (españoles en buena medida) hasta el Castillo de Mirabello, el principal objetivo de los imperiales por ser el emplazamiento en el que solía pernoctar Francisco I y, además, donde se guardaban las vituallas. En ese momento, el grueso de la infantería de Carlos V recibió la orden de centrar sus esfuerzos en la toma del campamento franchute (a la siniestra de la cuña de tropas que se acababa de formar). Con todo, la mayoría de los planes se vieron frustrados cuando los artilleros de Francisco I se desperezaron e iniciaron un ingente bombardeo sobre las líneas enemigas.

Al final, no quedó más remedio para algunos oficiales como Pescara (uno de los que se hallaban en vanguardia) que envainarse el ánimo (al menos por el momento) y cubrirse en las hendiduras del terreno para evitar que les volaran la cabeza.

EL PRESUNTUOSO REY

Con la llegada de la mañana las cosas no pintaban bien para los franceses. Aunque era cierto que habían detenido el avance imperial, sus fuerzas habían sido divididas por la cuña de fuerzas enemigas y, por si eso fuese poco, las tropas galas ubicadas en el flanco derecho de Carlos V empezaban a flaquear. No obstante, la artillería gabacha se estaba poniendo las botas trinchando contrarios y se había convertido, sin duda, en el mejor activo de Francisco I. Una buena parte de los

historiadores españoles coinciden en que lo mejor que podría haber hecho el monarca era haber esperado a que sus cañones descerrajaran al enemigo. Sin embargo, «sa majesté» no andaba por la labor de que las bocas de fuego le quitaran la gloria y le evitaran una épica victoria, por lo que decidió reunir a sus gendarmes para dar el golpe de gracia a los invasores. Con todo, también existen los partidarios de que quiso estabilizar el frente por las bravas.

Fuera por la causa que fuese, Francisco I se colocó su armadura completa al más puro estilo medieval y se dispuso a lanzarse contra los imperiales. «El Rey de Francia tenía a su alrededor a lo mejor de la aristocracia de Francia. (Los gendarmes) formaron en cuatro filas dirigidas por el propio monarca y avanzaron majestuosamente hacia su destino», explica Antonio Muñoz Lorente en su completísima obra «Carlos V a la conquista de Europa». En palabras de este autor, una «masa impresionante de carne y acero compuesta por 3.500 hombres se puso en marcha» y «recorrió una distancia de unos 1.500 metros» para entrar en batalla. No pudo cometer un error mayor su ansiosa majestad pues, al poner sus reales entre los cañones franceses y el enemigo, provocó que los artilleros dejaran de disparar. Algo normal, oiga, pues arrear un cañonazo a tu jefazo sin pretenderlo no es ni mucho menos una buena forma de acabar el día.

Pero Francisco I había decidido. Y había elegido, para desgracia de su ejército, su gloria personal. Poco antes de las ocho de la mañana, los imperiales vieron como llegaban los gendarmes por su flanco derecho. Una estampa nada agradable. Los primeros en recibir el odio del monarca fueron los jinetes de Pescara, que se habían adelantado para tratar de atacar las baterías galas. Se llevaron la peor parte. Cayeron a puñados y no les quedó más remedio que retirarse.

El primer asalto había sido para el gabacho, que ordenó a sus gendarmes perseguir al enemigo. Con todo, tuvieron que parar su avance al toparse con una arboleda (algo más que molesto para los caballos, vaya).

Mientras todo eso se sucedía en el campo de batalla, los arcabuceros de Del Vasto avanzaron desde Mirabello y flanquearon a su francesa majestad a través de los árboles. Los franceses iban a probar el desagradable sabor de la pólvora por culpa de Francisco, que acababa de meterse solito en la boca del lobo. Al menos, así lo explica Muñoz: «Al cargar contra los imperiales se había destacado hacia delante, sin que la infantería pudiese apoyarle. La artillería francesa tampoco podía disparar a riesgo de alcanzar a su caballería».

Por si verse rodeado por Del Vasto fuese poco, también se empezaron a congregarse en el bosquecillo -al toque del tambor- las tropas imperiales. Unos hombres deseosos de aprovechar el exceso de confianza del francés. Pintaban cruces para Francisco, vaya. Los gendarmes podrían haberse retirado pero, para el monarca, el orgullo era más importante que la victoria.

LA MASACRE DE LA CABALLERÍA

En palabras de Losada los primeros en repartir mosquetazos entre los caballeros de armadura completa fueron los hombres de Del Vasto: «Los arcabuceros avanzaron desde los bosques próximos a Mirabello y se infiltraron entre las desordenadas filas de los caballeros galos; comenzaron a efectuar cerradas descargas que pronto mataron a casi todos los caballos y a buen número de caballeros». Los gendarmes, desconcertados, no supieron qué hacer más allá de aquello para lo que habían sido entrenados: «reagruparse y cargar una y otra vez para lanzar nuevas cargas» (en palabras del autor). Un nuevo error, pues era recibidos una y otra vez por el plomo.

El despropósito de Francisco I se completó cuando los arcabuceros y la infantería imperial se dedicaron a rematar a los muertos y a subirse a las monturas de los escasos gendarmes que quedaban para apuñalarles sin piedad en los recovecos de su armadura.

Esos fueron los que tuvieron más suerte, pues murieron relativamente rápido. Otros como el conocido oficial francés Galeazzo Sanseverino recibieron (según Muñoz) hasta un centenar de tiros debido a que su cuerpo se negaba a caer del caballo. Fue toda una tragedia para los galos, además de una matanza. Y es que, deseosos de quedarse con las riquezas de los jinetes, los imperiales no tuvieron clemencia con los nobles que se rendían. Así lo afirma el mismo autor: «La Palisse, otro veterano, fue ejecutado por un arcabucero español después de pedir clemencia».

La masacre se completó con la rendición de todo el contingente cuando Francisco I, tras presentar batalla, fue capturado. «Los jinetes galos se precipitaron aquel día contra una precisa ráfaga de arcabuceros castellanos, causando una derrota que estremeció Francia. 10.000 soldados franceses y suizos murieron ese día y otros 3.000 cayeron prisioneros, entre los cuales se contaba lo más granado de la nobleza y el propio rey. Al igual que el resto de caballeros, el rey francés padeció los estragos de

los arcabuces españoles», determina César Cervera en «Los Austrias. El imperio de los chiflados».



Cuadro del famoso pintor Ferrer Dalmau dedicado a la batalla de Pavía.

CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE PAVÍA

En la batalla murieron los más granado de la nobleza franceses, como Bonnivet, Luis II La Tremoille, La Palice, Suffolk, y Francisco de Lorraine.

12 de agosto de 1525. Prisionero de los españoles, Francisco I fue llevado a Madrid, quedando prisionero inicialmente en la Torre de los Lujanes, situada en la actual Plaza de la Villa de Madrid. Días más tarde, el rey francés, escribió una carta a su madre expresándole su desgracia: "De todo, no me ha quedado más que el honor y la vida, que está salva".

14 de enero de 1526. Por imposición de Carlos I , Francisco I firma el Tratado de Madrid. Por el tratado , Francisco I renunciaba a sus derechos sobre Milanesado, Génova, Nápoles, Flandes, Artois y Borgoña en favor del emperador Carlos I. Además, Francisco I se comprometía a casarse con la hermana de Carlos I, Leonor, y a enviar a dos de sus hijos a España como garantía del cumplimiento del tratado.

Durante la negociaciones, Carlos I habló por primera oficialmente en español. Carlos renunció a usar su lengua madre , francés borgoñón, y el italiano, la lengua habitual de la diplomacia. Se cuenta que hasta entonces, Carlos I sólo utilizaba el español para sus rezos.

Firmado el tratado, Francisco I quedó en libertad, pero nada más pasar los Pirineos, el tratado fue papel mojado e inmediatamente los franceses volvieron a atacar las posesiones españolas en Italia. Carlos V confió en el honor del francés y la verdad pecó de inocente. Incluso se alió con el Papa para luchar contra el imperio español.

6 de mayo de 1527. El Saqueo o Saco de Roma “Sacco di Roma”. Después de su liberación, como era de esperar, Francisco I se alió con el Papa Clemente VII para luchar contra el Imperio español, lo que produjo que Carlos I atacara y saqueara Roma el 6 de mayo de 1527. Las tropas Imperiales entran en Roma sometiendo a la ciudad a un saqueo.

Casi toda la Guardia del vaticano fue pasada a cuchillo por las tropas imperiales en las misma escalinatas de la Basílica de San Pedro. De los 189 guardias sobrevivieron 42 . La acción heroica de la guardia vaticana, permitió a Clemente VII escapara a través un corredor secreto que todavía une la ciudad del Vaticano y el castillo de San Ángelo.

Después comenzó el saqueo de las iglesias y monasterios no españoles y los palacios de los cardenales fueron destruidos y despojados de todo objeto precioso. Los imperiales trazaron grafitis con vivas a Lutero a punta de alabarda sobre los frescos de la Capilla Sixtina.

El 6 de junio de 1527, Clemente estando prisionero en el castillo de San Ángelo, se rindió y acordó pagar un rescate de 400.000 ducados a cambio de su vida; las condiciones incluían la cesión de Parma, Piacenza, Civitavecchia y Módena al Sacro Imperio Romano Germánico.